

LA

Habitación de los Susurros



La Habitación de los Susurros,

LA ESCENA DE CADENA DE ORO RECONTADA

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE JAMES.



Legion of Runes and Shadows
EL LABERINTO ESPIRAL

«Cortana tejió con sus palabras, subrayando cada una con acero. Giró como su espada, y su cuerpo se curvó y se movió como el agua o el fuego, como un río bajo una infinidad de estrellas. Era hermoso... ella era hermosa, pero no era una belleza distante. Era una belleza que vivía y respiraba y extendía sus manos para aplastar el pecho de James y dejarle sin aliento».

James había sentido una extraña emoción cuando Daisy subió por primera vez al escenario de la Ruelle Infernal. Era una mezcla de varios sentimientos: preocupación por ella, molestia por Kellington, curiosidad, y admiración por su valentía y aplomo. Era injusto que esos bohemios la obligaran a hacer cabriolas para ellos y, pensó, un poco insultante para los cazadores de sombras en general. Supuso que Matthew les había dado una visión bastante inusual de cómo eran los nephilim en tales circunstancias.

Y entonces ella había empezado a bailar. Y de repente no era Daisy, su vieja amiga. Era Cordelia, cuyo nombre significaba «corazón» y cada uno de sus gestos era fuego. Todas las preocupaciones terrenales que había tenido habían sido barridas de su mente. Solo era consciente de Cordelia, que giraba de un lado a otro del pequeño escenario. *Cortana* danzaba a su alrededor, derramando luz como brasas. El resplandor apagado de las lámparas iluminaba su cuerpo, describiendo cada movimiento, cada curva mientras bailaba. Su pelo escarlata se agitaba a su alrededor al ritmo de la música, y la luz dorada de las lámparas de la Ruelle se deslizaba por su piel, lenta y caliente, como gotas de miel. La cadencia de su voz, que subía y bajaba, parecía tejer una jaula de hilo de seda alrededor de su público, y James no era una excepción.

Más tarde, James pensaría que era extraño que no la hubiera comparado con Grace. No había pensado en Grace en absoluto. Cordelia bailó y, al final de su actuación, toda la vida de James se había desmontado y vuelto a montar con una forma nueva y diferente. Fue consciente de que Matthew, a su lado, también miraba fijamente mientras el público vitoreaba, con los pómulos afilados enrojecidos. Parecía aturdido; James no podía culparlo.

Cordelia bajó del escenario y se escabulló entre la multitud para volver con ellos, sonrojada por las miradas y los comentarios murmurados que ahora atraía del público. James podía ver el deseo en los ojos que la seguían. Todos la deseaban. Sintió una furia sorda. No tenían derecho. No conocían a Cordelia. Ella era algo más que ese baile.

Cuando llegó hasta ellos, dejó escapar un largo suspiro de alivio y sonrió. Estaba radiante por el ejercicio de la danza. El sudor le recorría las clavículas y brillaba entre sus pechos. Sus ojos brillaban como la espada *Cortana*, atada a su espalda.

—Maldita sea —exclamó Matthew—. ¿Qué ha sido eso?

Una mirada de incertidumbre cruzó el rostro de Cordelia. James dijo:

—Era un cuento de hadas, Math.

Matthew asintió. Sus ojos verde oscuro escudriñaron el rostro de Cordelia, como si buscara la llave de una habitación cerrada que acababa de descubrir.

Cordelia parecía insegura. James no podía soportar eso. Había sido magnífica; debería saberlo. Pero no podía *decir* eso, por supuesto. Solo la cohibiría.

—Bien hecho, Cordelia —dijo James en su lugar; cuando extendió los brazos, le dolía la muñeca y se preguntó si había estado apretando las manos.

«Cordelia». Él no la había llamado Daisy, y ella parecía un poco sorprendida. Le pareció inapropiado, de alguna manera. *Daisy* era la amiga de Lucie, la compatriota de los Ladrones Alegres; le parecía un nombre más pequeño de lo que ella merecía. Sin embargo, *Cordelia* había sido una reina, ¿o no? La reina Cordelia, hija de Leir, gobernante de Bretaña incluso antes de que los romanos llegaran a esas costas. Como Boadicea, una legendaria reina guerrera. Un fuego blanco ardiente detrás de unos ojos negros insondables.

—Anna ha desaparecido con Hypatia —dijo James, observando el sofá vacío—, así que yo diría que tu distracción ha sido un éxito.

Los labios de Cordelia se movieron en una sonrisa.

—¿Cuánto suele durar una seducción?

—Depende de si lo haces correctamente —dijo Matthew, con un guiño. James lo sintió como una chispa de alivio, un poco de ligereza en medio de la sensación de que algo pesado estaba sentado en su pecho.

—Bueno, espero por el bien de Hypatia que Anna lo haga correctamente —dijo James. Registró, con los reflejos de un

parabatai, que Matthew se había quedado quieto a su lado, y se preguntó qué pasaba. —Sin embargo, por nuestro bien, espero que se dé prisa.

Todo rastro del tono jocoso de Matthew de antes había desaparecido.

—Los dos —dijo con urgencia—. Escuchen.

¿Se refería a todo el murmullo sobre los cazadores de sombras? ¿Había empezado a notarlo ahora? Los habían seguido desde que entraron al lugar. Pero cuando James siguió la mirada de Matthew, encontró a Kellington mirando con una expresión de disgusto, no a ellos sino a la puerta. Todas las preguntas fueron respondidas cuando por la puerta entró Charles Fairchild, mirando a su alrededor con expresión altiva. Parecía que estaba a punto de asaltar el lugar; menos mal que Matthew y Anna habían trabajado por las relaciones entre los subterráneos y los cazadores de sombras.

Matthew entrecerró los ojos.

—Charles. —Suspiró—. Por el Ángel, ¿qué está haciendo aquí?

Charles probablemente estaba buscándolos, pensó James. Se abría paso entre la multitud y miraba a su alrededor. Por suerte para ellos, la multitud no estaba interesada en dejarle pasar, y se movía muy lentamente.

—Deberíamos irnos —dijo James—. Pero no podemos dejar a Anna.

En un sentido, por lo menos, la llegada de Charles fue útil; fue como un balde de agua fría sobre el calor abrasador que se había apoderado del corazón de James desde que Cordelia había comenzado su baile. Ahora podía volver al asunto que los ocupaba: un demonio, una Pyxis, un plan.

—Ustedes dos corran y escóndanse —dijo Matthew, sin dejar de mirar a su hermano—. A Charles se volverá loco si los ve aquí.

—Pero, ¿y tú? —dijo Cordelia.

Matthew se encogió de hombros, pero James pudo ver la tensión en su mandíbula y sus hombros.

—Está acostumbrado a este tipo de cosas por mi parte. Yo me encargaré de Charles.

No por primera vez, James deseó que su *parabatai* no tuviera tanta prisa por sacrificar su propia reputación. Intercambió una larga mirada con Matthew, pero él estaba seguro y decidido, y su deseo de precipitarse en su propia humillación era un asunto que tendría que esperar. Asintiendo, James se dio la vuelta y tomó la mano de Cordelia con la suya.

—Por aquí —dijo, y ella le devolvió el gesto en señal de reconocimiento. Mientras los arrastraba entre la multitud, oyó la voz de Matthew llamando «¡Charles!» con un tono de bienvenida agradable, aunque totalmente falso.

James no conocía el lugar y la multitud hacía que orientarse fuera aún más difícil, pero después de algunos ensayos y errores, él y Cordelia lograron colocarse detrás de Kellington y deslizarse por un pasillo que se alejaba. Esto no era seguro en sí mismo, ya que desde la cámara principal se tenía una visión clara de todo el corredor. De hecho, estaban temporalmente más expuestos que antes, y la esperanza de James de que el pasillo diera un giro rápido o tuviera grandes estatuas para esconderse se desvaneció rápidamente. Siguió agarrando la mano de Cordelia, aunque no lo necesitaba; ella parecía conocer su camino mejor que él.

A mitad del pasillo, James vio una puerta abierta, con una placa plateada que indicaba la entrada a LA HABITACIÓN DE LOS SUSURROS. Rápidamente atrajo a Cordelia al interior, fuera de la vista. Cerró la puerta detrás de ellos, causando un fuerte ruido, pero pensó que no se podría oír por encima de la multitud en la sala principal. Solo entonces soltó la mano de Cordelia y observó los alrededores.

La habitación estaba poco iluminada, pero no era fría: un fuego perfumado ardía en la rejilla, llenando el espacio con un olor a sándalo y rosas. Era un estudio, supuso, basándose en el gigantesco escritorio de nogal que había contra la pared y en las estanterías de enfrente, pero estaba demasiado bien decorado para ser únicamente un lugar de contemplación. Las plumas de fénix y las escamas de dragón bailaban sobre el papel dorado; no había ventanas, pero las paredes estaban adornadas con tapices estampados, y el suelo estaba cubierto por una alfombra tan gruesa que James sintió que sus botas se hundían en ella al adentrarse en la habitación.

Cordelia había apoyado la espalda en la pared junto a la puerta. Tenía los ojos cerrados y respiraba profundamente, tranquilizándose. *Cortana* brillaba sobre su hombro; la luz del fuego brillaba en un dorado más profundo sobre su piel, que parecía tomar y mantener su calor. James apretó los dedos contra la palma de su mano.

Quería tocarla. Se dio media vuelta, fingiendo estudiar los libros de la pared. En cualquier otro momento, le habrían fascinado los títulos. Ahora le parecían lejanos, ni inmediatos ni importantes. Hubiera jurado que oía los latidos de su propio corazón. Dijo:

—¿Dónde has aprendido a bailar así? —sorprendiéndose a sí mismo por la aspereza de su voz.

Su mirada volvió a Cordelia cuando ella abrió los ojos y se encogió de hombros. Había algo mágico en el vestido que llevaba: seguía la forma de su propio cuerpo en lugar de la forma de la corsetería o las enaguas. Se deslizaba suavemente sobre su piel cuando se movía, al igual que su pelo rojo oscuro le hacía cosquillas en la piel desnuda de la garganta y los hombros.

—Tuve un profesor de baile en París. Mi madre creía que aprender a bailar ayudaba a adquirir elegancia en la batalla.

La palabra «gracia» atravesó a James como un carámbano. Realmente no podía imaginarse a Grace en ese momento; no podía imaginar su rostro. Le había dado a Grace su corazón, eso era un hecho inmutable, algo que sabía como sabía que dos más dos eran cuatro. Pero tenía que admitir que en ese momento su corazón no se sentía entregado. Se sentía como una máquina que retumbaba dentro de su pecho, bombeando sangre y calor.

—Esa danza —añadió Cordelia con un movimiento de su suave boca que golpeó a James como un puñetazo en el estómago—, estaba prohibida para las mujeres solteras. Pero a mi profesor no le importó.

—Bueno —dijo James, manteniendo su voz firme con un control practicado—, gracias al Ángel que estabas allí. Desde luego Matthew y yo no habríamos podido hacer algo parecido.

Cordelia se apartó de él, con la sonrisa aún en el rostro, como si la mantuviera en secreto para él. Pasó la mano por encima del escritorio de Hypatia. En uno de los extremos había una pila de papeles sostenida por un gran cuenco de cobre con fruta, hasta donde llevó la mano para trazar el borde.

Puede que James estuviera distraído más allá de la capacidad de distracción que había conocido antes, pero seguía siendo un cazador de sombras.

—Ten cuidado —dijo con tono de advertencia—. Creo que eso es fruta de hadas. No tiene ningún efecto sobre los brujos, ningún efecto mágico, al menos. Pero en los humanos...

Cordelia retiró la mano como si le hubiera picado. —Seguro que no te hace daño si no la comes.

—Oh, claro que no. Pero he conocido a personas que lo han probado. Dicen que cuanto más comes, más quieres, y más te duele cuando no puedes... tener más.

Cordelia lo miraba ahora, y aunque le costó mucho trabajo armarse de valor, le devolvió la mirada. En sus ojos oscuros

bailaban las llamas plateadas y azules de la chimenea. James no podía recuperar el aliento. Nunca había sentido eso, esa falta de aire. Era como el dolor, pero con un borde dulce y afilado. Como lamer la miel de un cuchillo. Dijo, en voz baja:

—Y aún así... ,siempre he pensado..., ¿el no saber a qué sabe es otra forma de tortura? ¿La tortura de la duda?

La puerta se sacudió en sus goznes de repente, haciendo un ruido que hizo que tanto él como Cordelia sacudieran la cabeza para mirarla. El pomo empezaba a girar.

Cordelia palideció.

—No deberíamos estar aquí...

El mundo de James se redujo a esto: Cordelia estaba aquí, estaba con él y parecía asustada. Haría cualquier cosa para detener esa mirada en su rostro. La cogió en brazos y el alivio fue increíble: no se había dado cuenta de lo mucho que deseaba tocarla hasta que lo hizo. Hasta que la abrazó, y su fuerza, su calor y su suavidad se apretaron contra él, y su rostro era tan hermoso que dolía, y sus labios se separaron por la sorpresa y, sin pensarlo dos veces, los besó.

Pudo sentir su aguda respiración con sus manos, unidas en la parte baja de su espalda. Ella jadeó, pero no se retiró, ni se apartó; creyó que habría muerto si lo hubiera hecho, se inclinó hacia él, sus labios carnosos se abrieron bajo los suyos. Le devolvió el beso. Sabía a miel, olía a jazmín y a humo. La mano de él se deslizó por la cálida mejilla de ella y se introdujo en la suave caída de su cabello.

El tiempo se detuvo.

Los brazos de Cordelia le rodeaban el cuello. Su exuberante boca se abrió un poco contra la de él y el beso se hizo más profundo. Movi  la mano a la parte de atrás de su cuello para acercarla. Los dientes de ella le rozaron el labio inferior y no pudo evitarlo; gimió y la sintió temblar contra él.

Muy lejos, una voz se rió y la puerta se cerró con un suave clic. Todo esto había sido pensado como una treta, lo sabía, en beneficio de quien estuviera tragando de entrar en la Habitación de los Susurros. Probablemente algunos asistentes a la Ruelle, subterráneos más probablemente, que se habían escabullido para tener una cita.

Treta completada, entonces. Con intenso pesar, James se alejó de Cordelia. Su mano, cálida, suave y maravillosa, estaba contra su cuello; sus dedos acariciaban su pálida cicatriz blanca. Sus ojos estaban fijos a la altura de su hombro. Pudo oírse a sí mismo decir su nombre; «Daisy, mi Daisy», en lugar de responder, ella susurró:

—Creo que viene más gente.

Él sabía que no era cierto. No le importaba. Sabía lo que ella estaba diciendo: que estaba pidiendo y dando permiso a la vez. Toda la vida de James había luchado por el control: control sobre sus repentinas caídas en la sombra, control sobre el mundo oscuro que podía ver, que era invisible para todos los demás. Había trabajado, luchado y entrenado por el control todos los días, y por primera vez desde que tenía uso de razón, lo abandonó.

Los muros que había levantado se derrumbaron en un instante cuando atrapó a Cordelia. Gimió contra su boca, sus manos se deslizaron sobre la seda de su vestido, el satén caliente de su piel. Desató la correa que sujetaba a *Cortana*, se deshizo de ella; con cuidado, esperaba, y se dejó caer de nuevo en el delirio.

No se preguntó por qué nunca había sentido un deseo así. No podía hacerlo. Se perdió en la sensación de ella, en la inclinación de su cintura, en el ensanchamiento de sus caderas, en la subida y bajada de su pecho mientras ella jadeaba. Se estaban besando salvajemente, sin control; se apoyaron en el escritorio, con la espalda de Cordelia contra este.

Su cuerpo se inclinó hacia atrás en un arco imposible, con las manos detrás de ella para sujetarse. Con los ojos semicerrados, la cabeza cayó hacia atrás, dejando al descubierto la columna desnuda de su garganta. Él presionó sus labios allí, provocando un grito de placer sorprendido.

Sus manos recorrieron el elegante material del vestido; podía sentir el calor de su piel a través de él, desde la cintura hasta el escote del vestido. Las palmas de sus manos siguieron sus curvas hasta que las puntas de sus dedos presionaron la piel de bronce desnuda justo por encima del escote del vestido. Era elegante, suave y caliente al mismo tiempo, como ninguna otra cosa que hubiera tocado antes. La oyó gemir; estaba diciendo su nombre y su corazón latía al ritmo de sus palabras: «James, James, Jamie, por favor».

El «por favor» le hizo desistir; quitándose el abrigo, la agarró por la cintura y la levantó hasta que estuvo sentada en el borde del escritorio. La tela de su vestido se arrugó alrededor de sus muslos, mientras ella tomaba su camisa por el frente almidonado y lo besaba. La boca de él se clavó en la de ella, caliente y exigente, incluso cuando él se subió al escritorio tras ella. Ella levantó los brazos para atraparlo y él se le hundió encima, sosteniendo su peso con una mano por encima de su cabeza.

Se detuvo un momento para mirarla. Su pelo escarlata se extendía por el escritorio, sus ojos vidriosos, sus labios carnosos y rojos por los besos. Estaba acunado por su cuerpo, con las piernas de ella a ambos lados de las caderas de él, con la falda arremangada hasta casi la cintura. Ella le rodeó con sus largas piernas desnudas y él se estremeció. Lo que había en él, la parte que *deseaba*, era incipiente pero insistente, una fuerza que nunca había conocido. Un anhelo como cables calientes en su sangre, el dolor placentero de un deseo insoportable que le impulsaba a besarla de nuevo, a besarla más fuerte. Ella enredó las manos en

su pelo, tirando de él mientras él le besaba los pechos, pasando la lengua por la sensible piel hasta que ella lanzó un grito bajo y se aferró a él con manos desesperadas.

Se hundió contra ella y la besó, caliente, profunda y duramente. Ella se arqueó en el beso, respirando entrecortadamente. Él la sintió a través del material más fino de su camisa: su calor, la hinchazón de sus senos contra su pecho, las manos de ella recorriendo su torso, sus costados.

Sus manos ansiaban tocarla de la misma manera, descubrir lo que le gustaba, lo que la hacía jadear, y hacerlo una y otra vez... Nunca había sentido nada como esto, nada. Había conocido el deseo antes; así lo recordaba, así lo había creído. Resultó que se había metido en un charco y pensó que era el mar. Cuando Cordelia se movió entre sus brazos, como sus labios, se dio cuenta de que el deseo tenía una profundidad que ni siquiera había imaginado: que era algo más que desesperación, sino alegría y necesidad y anhelo y *ser* anhelado. Era un sueño febril, las manos de él deslizándose bajo el pesado satén de las faldas de ella, el sabor salado y dulce de su piel, los suaves sonidos de placer cuando ella lo impulsaba a acercarse, lo impulsaba a seguir, el escritorio parecía girar bajo ellos.

Oyó, como a gran distancia, el sonido de la puerta al abrirse. Levantó la cabeza y vio la esbelta figura rubia en la puerta. El hielo le recorrió las venas. Cordelia se puso rígida y empezó a luchar para incorporarse. «No», pensó, pero no podía detenerla, no podía culparla. Esto; lo que sea que fuera, había terminado.

Se deslizó del escritorio. La fiebre ya se estaba desvaneciendo, esa sensación; la gloriosa libertad del peso de su propia voluntad, retrocedía. Aferrándose a su control y envolviéndose en él, tomó su abrigo y se volvió para encontrar con calma la mirada de su *parabatai*.

—¿James? —dijo Matthew.



EL LABERINTO ESPIRAL

Síguenos en



@RunesAndShadows

Y únete a nuestro grupo
de comunidad en Facebook